

La ciencia en tiempos de pandemia

ENEYDA SUÑER RIVAS*

Resumen: *Tras plantear lo que entiende por ciencia, incluyendo a las llamadas ciencias sociales, la autora se lanza a explorar lo que supone hacer ciencia desde el paradigma de nuestra época. En la lectura es posible reconocer algunas de las dificultades que enfrenta la comunidad científica y algunas batallas que se están librando ante el sectarismo, la arrogancia o la competencia, por mencionar algunos frentes. Finalmente identifica el riesgo que representa la viralización en las redes sociales de opiniones sin fundamento, sin argumento, que pretenden competir y cuestionar, de manera desleal, a la ciencia y su generación de conocimiento.*

Palabras clave: *ciencia, científicos, pandemia, mercado, posverdad.*

Abstract: *After defining what is understood under the heading of science, including the so-called social sciences, the author sets out to explore what is entailed in doing science within the framework of our current paradigm. The article points out some of the difficulties that the scientific community faces and some of the battles it is waging against sectarianism, arrogance, or the competition, to mention just three of the battlefronts. The article ends by identifying the risk inherent to the viral spread on social networks of opinions lacking any sound foundation or arguments that presume to compete with science, and not only that, but also to unfairly question scientifically generated knowledge.*

Keywords: *science, scientists, pandemic, market, post-truth.*

*/ Es licenciada en Filosofía por la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP). Cuenta con estudios de maestría en Pedagogía por la Universidad Panamericana y es doctorada en Filosofía de la Educación por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Cuenta también con estudios de fisiología y anatomía celular, y de física de partículas por el ITESO.

El tema de ciencia y pandemia es tan amplio que se abren muchos caminos para pensar:

- ¿Qué se entiende por “ciencia”?
- ¿Qué es lo que de especial le añade el término “pandemia” a la ciencia?
- ¿Qué significa con “la ciencia en tiempos de pandemia”? ¿Será acaso a cómo se construye la ciencia? o ¿a cómo se está aplicando esta? Tal vez ¿hacia dónde se dirige?

Intentaré responder desde mi perspectiva —que es filosófica— a estas preguntas. Entiendo por “ciencia” toda disciplina que genere conocimiento nuevo por medio de una determinada metodología, que tenga evidencias que puedan ser compartidas por los que se dedican a la misma disciplina, y cuyos resultados puedan ser replicados o al menos comprobados por los y las colegas. Aclaro que no estoy reduciendo la metodología ni las evidencias a lo cuantitativo, y la réplica y prueba de los resultados no la descontextualizo de las variables propias de cada caso. En otras palabras, no excluyo a las ciencias sociales del concepto.

Ahora bien, el término “ciencia” fue adquiriendo una importancia notable con la modernidad, se identificaba a los logros de la razón con los logros de una metodología, de un camino seguro para probar y lograr certezas de lo que se descubría. Al mismo tiempo, los resultados cada vez más veloces e impresionantes de la ciencia aplicada fueron y siguen modificando nuestra vida a gran velocidad (e impresionándonos gracias a ello). Todo lo que podemos hacer hoy en un día sería totalmente increíble para personas de la primera mitad del siglo XX, sin ir más lejos.

Pero, junto a todo esto, también han ido evolucionando las condiciones sociales en que se hace la ciencia; de hecho, la ciencia es hija de los paradigmas de su época y se construye con ellos y responde a ellos. Y el paradigma fundamental de nuestra época, el que se ha ido imponiendo y hoy permea absolutamente todo —también a la pres-

tigiosa ciencia—, es el paradigma mercantilista: ¿para qué sirve?, y ¿cuánto vale? Ya no es importante descubrir junto con Leibnitz, por ejemplo, cuál es la expresión matemática de un nudo, porque esto, en la época de Leibnitz (siglo XVII) solo servía para hacer avanzar el conocimiento, aunque no se percibieran sus aplicaciones y esto valiera, económicamente hablando, nada.

Hoy es más importante descubrir cosas que sirvan, que sean patentables, aun cuando no todos los científicos lo vean así. Los que pueden costear las investigaciones, los aparatos, y toda la parafernalia propia de cualquier área de la ciencia, quieren resultados constantes y sonantes por lo que “se ha desencadenado tal avidez y competencia por las novedades que genera la investigación, que actualmente hay quien intenta reemplazar la ciencia del ¿por qué? con la ciencia del ¿para qué? o acaso con la del ¿cuánto ganaríamos vendiéndolo?”¹

Ahora las y los científicos también se subordinan a las demandas del mercado, pues las instituciones donde puede tener cabida la vida intelectual: universidades, museos, institutos de investigación, laboratorios, y todas las instituciones de este tipo, solo pueden sobrevivir económicamente respondiendo a la lógica del consumo, por lo que se investiga y produce lo que el mercado requiere.

Y, en la lógica mercantil, el reconocimiento solo se da a quienes tienen éxito, y el “éxito” es una categoría que significa obtener resultados, pero los resultados dependen de lo que se busque. En la lógica de mercado da resultado lo que genera bienes de consumo, por lo que si la o el científico quiere tener éxito debe responder a lo que los consumidores pudiesen necesitar o lo que se les pueda ofrecer como tal, a lo que esté de moda, a lo que permita sobrevivir a su institución. De esta manera la y el científico se convierten en productores de bienes y servicios. Pero con esto el pensamiento pierde libertad, pues como nos dice Paul Feyerabend hablando de los científicos: “No se abordan los proble-

1. Cereijido, M. *Ciencia sin seso, locura doble*, Siglo XXI, México, 2008, p.168.

mas más difíciles sin otra razón que la de que las carreras científicas brillantes no se cimentan sobre la base de un fracaso constante”,² y *fracaso* significa tanto no obtener resultados como no obtenerlos en el menor tiempo posible, pues “en un universo donde el éxito consiste en ganar tiempo, pensar no tiene más que un solo defecto, pero incorregible: hace perder tiempo”.³

Otra opción para las y los científicos de nuestra época es no pertenecer a ninguna institución, bregar contra corriente de modo independiente, pero esto tiene dos inconvenientes, por un lado, si la persona necesita trabajar para vivir —cosa que sucede con la mayoría— tendrá cada vez menos tiempo para el pensamiento y la investigación, sus tiempos serán fragmentados y no tendrá toda la energía que requiere el trabajo intelectual y, en el caso de quienes requieren de laboratorios con aparatos cada vez más sofisticados, no tendrán ni siquiera esta opción, pues aquellos que tienen la capacidad económica para sufragar este tipo de laboratorios son precisamente los grandes corporativos regulados por la lógica del mercado.

Por otra parte, los trabajos e investigaciones hechos por científicos(as) independientes no tienen la oportunidad, o tienen muy poca, de ser dados a conocer a través de publicaciones y de los medios masivos de comunicación. Con lo que, en estos casos, la labor intelectual se reduce a una experiencia realizada por los sujetos en el ámbito de la vida privada. No hay reconocimiento —que no es lo mismo que popularidad— ni posibilidad de pertenencias, pues el grupo fuerte de las y los científicos en cada área, los que acaparan los foros de divulgación de las ideas, son los que pertenecen a las grandes instituciones y —para colmo— en esta competencia de mercados el primer mundo tiene la primacía, secundariamente los demás. La autoridad de las y

2. Levens y Lewontin, citados por Feyerabend, P., en *La conquista de la abundancia*, Paidós, Barcelona, 2001, p.171.

3. Lyotard, J.-F. *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Gedisa, Barcelona, 2003, p.47.

los científicos depende de la lógica de la oferta y la demanda, y esta la determina el primer mundo, por lo que:⁴

El descrédito, o acaso la ignorancia total [para el científico] es mucho más grosera si la novedad viene del tercer mundo. Por regla general, nuestros trabajos son aceptados en cuanto aportan datos que encajan en los modelos sustentados en el primer mundo. Si, por el contrario, requieren alguna modificación fundamental, se los pone en cuarentena hasta que algún científico primermundista los ponga a prueba... momento en que no es raro que se pase a citar a este último [...] Nos está permitido aportar ideas que complementen su visión del mundo, pero no alterar sus esquemas. En el campo de las artes la situación es más grave aún pues, tácitamente, el primer mundo espera que nuestros literatos, plásticos y danzantes sean meros folcloristas.⁵

De este modo tenemos que, en lo que se refiere al espacio, el lugar de los científicos son las grandes instituciones donde poder desarrollar su pensamiento, pero esto se logra muchas veces a costa de la libertad de pensamiento. En lo que se refiere al tiempo, las instituciones obligan a los científicos a un pensamiento por entregas, planificado y con fechas límite para obtener resultados —es decir, los hace sujetos a un

4. Esta última observación de Marcelino Cerejido la puede constatar cualquiera que haya estudiado o intentado exponer sus obras en Europa. Los europeos esperan del americano que trabaje sus tesis o sus obras en general sobre indigenismo, sobre pensadores locales o sobre cuestiones de la cultura de origen del americano. Pero no reconocen el hecho de que una buena parte de nuestra cultura tiene una gran raíz europea; que hablamos las lenguas que los colonizadores nos impusieron, que en su mayoría profesamos la religión que nos inculcaron, y que hemos evolucionado y lo seguimos haciendo —para bien o para mal, eso es otro asunto— en función de ideas que se engendraron en Europa, porque las cosmovisiones locales fueron satanizadas por los colonizadores y hasta la fecha tenemos en gran medida una mentalidad que heredó esa satanización. Tal vez esta sea una manera de no asumir también su propia responsabilidad en la construcción de la pobreza y marginación de sus excolonias, pero es una manera que sigue engendrando exclusión y no reconocimiento de lo nuestro, porque lo nuestro, en buena medida, es Homero, Sófocles, Platón, Cicerón, San Agustín, Dante Alighieri, Leonardo Da Vinci, Miguel Ángel, Galileo, Newton, Kant, Goethe, Mozart, Hegel, Marx, entre muchos otros.

5. Cerejido, M. *Op. cit.*, p.57.

tiempo mercantilizado—. La otra opción a estos espacios y tiempos es la privacidad, lo cual disminuye también las posibilidades creativas del pensamiento, porque, como ya se señaló antes, la actividad se vuelve fragmentada. En ambos casos, el científico ya no tiene el poder social del que gozó en la Modernidad, ahora el poder es del mercado que, con la oferta y la demanda, avala o rechaza investigaciones, publicaciones y líneas de pensamiento. Tal vez sea por esta reducción en su ámbito de poder tradicional que los científicos parecen librar una batalla campal dentro de las instituciones culturales y educativas, en aras de arrogarse —de ahí el ser arrogantes en muchos casos— el poder que han perdido en otros espacios. En muchas instituciones de tipo cultural abundan los sectarismos y competencias de todo tipo, pues los arrogantes

Procuran separarse y separar; confían con fervor en las claras e indiscutibles jerarquías. De esta manera no se aceptan más que cómplices: sólo se reconoce a quienes están dispuestos a abrazar sin el menor reparo —o como se dice, sin chistar— la escala de valores propia de la o el arrogante y, sobre todo, a quienes comparten el enfático menoscabo de todo lo que no está de acuerdo con su creer y desear.⁶

Desde luego que este tipo de competencias y sectarismos redundan en menoscabo de la misma ciencia.

Pero no solo esto último, también el mercantilismo ha dañado a la ciencia, porque se hace muy mala ciencia bajo esta lógica y porque los costos de las patentes han encarecido la ciencia aplicada a tal grado que, desde ya hace algún tiempo, sus resultados se vuelven un privilegio que no es accesible para todos. Esto es muy evidente en el ámbito de la salud, desde hace algunos años las alternativas a la medicina como ciencia proliferan y, por más que se denuesten desde los

6. Pereda, C. *Crítica de la razón arrogante*, Taurus, México, 1999, p.13.

ámbitos científicos, no han dejado de crecer y de tener adeptos ¿por qué? Fundamentalmente porque son más accesibles, más económicas y menos invasivas.

Y esto ha salido a la luz de manera indiscutible con la pandemia, la ciencia ya no es considerada la única generadora de conocimientos nuevos, ni es vista ya con la aureola de la verdad. Ahora cualquiera con acceso a la Internet puede cuestionar una verdad científica y sostener, por ejemplo, que la Tierra es plana. Ahora la opinión sin fundamentos se ha apoderado de la palestra y lo científico parece ser una opinión más entre otras, pero gana lo que tenga más “likes”, más visitas o seguidores. Los y las *youtubers* son ahora los generadores de opinión pública, y lo que se considera “conocimiento verdadero” no requiere de evidencias sino de *viralización* en las redes, ya no hacen falta argumentos ni pruebas de nada; basta con citar “otros datos” o “hechos alternativos” sin necesidad de dar cuenta de ellos para que lo que afirma cualquiera sea considerado verdadero por una gran mayoría en ciertos círculos. Y eso es también otra característica de lo “verdadero” hoy, cuando se expande dentro de una burbuja de seguidores hasta que explota y contagia a otras burbujas desde distintos ángulos.

Es toda una paradoja que sean los mismos avances de la ciencia — que prometeicamente nos iba a volver autónomos y libres según los modernos— los que nos han puesto ahora en esta situación de imbecilidad creciente. Gracias a las redes sociales —hijas de la computación y el internet— cualquiera puede expresar cualquier cosa, el chiste para que esto sea creído y se expanda es tener lo suficientes seguidores dentro de una burbuja de fans.

La ciencia en tiempos de pandemia se vive con descrédito, no importan las evidencias, ni los argumentos, ni siquiera los resultados.

Habría que preguntarnos qué tan responsables de esto son aquellos(as) científicos(as) que han jugado los juegos del mercado.